

El río su bella imájen
En su corriente refleja
Pasando enorgullecido
Por pasar tan junto á ella.
Y ella se mira en sus aguas
Contemplando allí altanera
Su antigüedad y poder
Y su proverbial belleza.
Espesos muros la ciñen,
Y frondosísimas huertas,
Y apiñados olivares,
Y fertilísimas vegas.
Radiante sol la ilumina,
Y la bordan sus laderas
Altos y copados árboles
Y olorosas flores bellas.
Alegre gente la vive,
Que las calurosas siestas
Y las perfumadas noches
Pasa al son de la vihuela,
Ya en sus entoldados patios
Entre fuentes y macetas,
Ya en sus floridos jardines
Gozando sus auras frescas.
Ciudad de hermoso recuerdo,
Ciudad bella entre las bellas,
De los moros es envidia,
De los cristianos soberbia.
Sevilla, en fin, y esto basta,
Que todo el nombre lo encierra,
Y hablando de la hermosura
Todo es una cosa mesma.
En Sevilla, pues, y en una
Noche azulada de aquellas
En que la luna derrama
Tranquila claridad trémula,
Y en lo cóncavo del aire
Resplandecen las estrellas,
Y mas allá con mas brillo
Los luceros reverberan;
En una de aquellas noches
En que todo se presenta
Blanco, pacífico, hermoso,
Y que la mente embelesa,
Y los sentidos embriaga
Y el corazón enajena;
Noche de aventuras propia
En mil trescientos cincuenta
(Edad en que esto pasaba
Si mi memoria no yerra),
Por la calle de la Sierpe,
Media noche siendo apenas,
Dos hombres en la ancha plaza
Con prisa y silencio se entran.
Largas capas les envuelven,
No porque precisas sean,
Sino porque bien les cubran
De las personas las señas:
Por el lado de la sombra
Punta á punta la atraviesan
De la calle de la Sierpe
Hasta la calle de Génova,
Y el bulto de sus espadas

Que bajo la capa llevan,
Las plumas de sus birretes
Y el rumor de sus espuelas
Por hidalgos les acusan,
Por mas que entrambos se empeñan
En pasar como personas
De comun raza plebeya.
Al fin cuando ya contaban
Tomar una callejuela
Que al alcázar los llevase
Sin pasar frente la iglesia,
Paróse el mas alto de ellos
Diciendo: "¿Qué sombra es esa
Que tras el pilar se oculta,
Benavides? Yo dijera
Que es un hombre."

—Y Benavides

Al que pregunta contesta:
"Llegad, señor, sin cuidado,
Que ya imagino quién sea
Y hará paso al conocerme,
Que es hombre que me respeta,
Porque me debe favores
E hicimos juntos la guerra."
Siguió andando Benavides,
Siguió el otro, por respuesta
Dándole solo el silencio
Que satisfacerle muestra,
Y frente al hombre llegando
Que junto al pilar espera,
Mostrándose Benavides
Dejó franca la carrera.
"Dios te guarde, Andrés," le dijo
El que va, pasando cerca.
"Buenas noches," dijo el hombre,
Saludando con llaneza:
Y pasaron los hidalgos
Y siguió el otro en su espera.
Y entre los dos que se van
Por la oscura callejuela
Conversación en voz baja
Se entabló de esta manera:
"¿Quién es ese hombre?"

—Un soldado

Que entró poco hace en la regla
De San Francisco, cansado
Del servicio y de la guerra.
—Y porqué precisamente
En tal ocasión lo deja,
Pudiendo darle fortunas
Estos tiempos de revueltas?
—Dice que al rey Don Alonso
Sirvió de grado, y por fuerza
No quiere servir á nadie.
—Ya entiendo

—Señor...

—Le lleva

La opinión del vulgo necio,
Que mal de Don Pedro piensa.
—Ya veis, señor, pues al claustro
Se acoge, con su conciencia
Se lo habrá mirado bien.
—Y á tales horas, ¿qué espera

Solo en mitad de la plaza
Sin el traje de su regla?
—Señor, es historia larga.
—Tal cual es quiero saberla.
—Son cosas que importan poco.
—A mí todo me interesa;
Decid, pues.

—Pues escuchad.

Ya sabeis que representan
Al rey los monjes Franciscos,
Que habiendo en su casa mesma
Un manantial necesario
Para el buen servicio de ella,
El derecho á los vecinos
Se les quite de que puedan
Servirse de él en su daño
Porque sin agua les dejan.
Los vecinos, como tienen
Aquella fuente mas cerca,
Para tomarla á su gusto
Su viejo derecho alegan.
—Y tienen razon, y el rey
Se las da.

—Por esa muestra

De su real benignidad
De los vecinos se aumenta
La osadía, y de los monjes
El trabajo y la impaciencia.
De aquí nacen las habillitas,
Las voces y las quimeras:
Los vecinos á los monjes
Tal vez obligar intentan
A que de noche y de día
Les tengan franca la puerta.
Los monjes quieren cerrarla
Como lo manda su regla,
Y esto ocasiona denuestos
Y escandalosas pependencias.
Los vecinos traen soldados,
Gente de su parentela;
Los frailes sacan domésticos
Y deudos que los defiendan:
Y como ven que su rey
Lo que le piden les niega,
Los del pueblo cobran brios
Y los frailes se exasperan.
Esto duró hasta que Andrés,
Hombre á quien nada amedrenta,
Hombre que usa de las armas
Con asombrosa destreza,
Con sus escrúpulos dando
De una sola vez en tierra,
Asió su espada saliendo
De los suyos en defensa.
Burlábasele al principio,
Mas él se ha dado tal prisa
En asestar cintarazos
Con tal fortuna y destreza,
Que del manantial los monjes
Son dueños á la hora de esta.
—¿Tan bizarro es ese Andrés?
—Tan bizarro y tan á prueba,
Que él solo guarda la plaza,

Y ninguno se le acerca.
—El miedo de los villanos
Es quien su valor pondera.
—De quien queráis informaos;
Vereis que nadie lo niega.
Es hombre, que si le dicen
Que una calle por apuesta
Guarde una noche, es seguro
Que nadie pasa por ella.
—¿Y no hay justicia en Sevilla,
Un hombre que le contenga?
—Ya veis, se acoge á sagrado,
Y los bravos le respetan.

Murmuró el que preguntaba
Unas palabras inciertas
Que espiraron en murmullo
Cual pronunciadas apenas.
Y como á un postigo oculto
Que da al alcázar se llegan,
Callaron ambos á dos
Llamando á espacio á la puerta.
Abrióse un pajeillo,
Y entrando los dos por ella
Quedó el silencio en el aire
Y en soledad la plazuela.

Está la siguiente noche
Tocando en la misma hora,
Y desde el zenit vertiendo
La luna luz melancólica.
Ni una ráfaga de viento
La soledad silenciosa
Interrumpe, ni una nube
Del cielo el azul entolda.
Toda Sevilla es silencio,
Reposa Sevilla toda,
Que duerme al son que la arrullan
Del Guadalquivir las ondas.
Apenas de tarde en tarde
Atraviesa una persona
Las calles á largos pasos,
O en una reja se apostá;
Y los grandes edificios
Que la estensa plaza forman
Sobre el suelo de la plaza
Tienden su gigante sombra.
En un pilar apoyado
De una callejuela angosta
Por do un largo pasadizo
En la plaza desemboca,
Hay un hombre que está en vela,
Y á quien la noche medrosa
Presta contornos fantásticos
Y faz amenazadora.
Inmóvil en la oscuridad,
No parece que le importan
Ni el relente de las noches
Ni el ver que pasan las horas.
Si espera á alguien, nadie acude
A la cita misteriosa;
Si aguarda algun hora fija
Su venida fué bien pronta.

Frente por frente al convento
De San Francisco se apostó,
Cuya puerta se ve franca
Como abandonada y sola.
¿Es que aquel hombre la guarda?
¿O es que en acecho la ronda?
Porque él la guarda ó la acecha
Con una intencion incógnita.

En esto la plaza adentro
Por la calle de la Sierpe
Un hombre desembocando
A largos pasos se mete.
Un solo punto los ojos
En su derredor revuelve,
Y viendo al hombre que aguarda
Vase á él rápidamente,
El sombrero hasta las cejas
Y el embozo hasta los dientes:
Llegó al que esperaba, y plática
Entablaron de esta suerte:

—¿Andrés?

—¿Quién me llama?

—Un hombre.

—¿Me conoce?

—Sí.

—¿Qué quiere?

—Que tenga para tu agibe
Un privilegio mi gente.
Me han dicho que tú tan solo
A tu convento defiendes,
Y que cejan los villanos
Y la canalla te teme.
—Y te han dicho la verdad.
—Por eso precisamente
He venido aquí esta noche,
Por si al cabo empacho tienes
En dejarme hacer de día
Lo que de noche no entiendo
Ninguno en el barrio.

—Hidalgo,

Si eso trae, errado viene:
Todos han de tomar agua,
O nadie absolutamente.
—¿Con que contra el rey te opones,
Que lo contrario te advierte?
—Yo contra el rey no me opongo,
Mas cuido mis intereses;
Y pues por ellos no cuidan,
Siendo inútiles, sus leyes,
Hombre á hombre, y fuerza á fuerza
Aquí has de encontrarme siempre.
Será injusticia y escándalo,
Será cuanto se quisiere,
Mas á quien osados cargan
Necio es si no se defiende.
—Hazlo pues.

—En hora buena,

Hidalgo, y tenéd presente
Que habeis venido á buscarme.
—Menos hablar y defiéndete.

Y esto diciendo uno y otro

A cuchilladas se meten
Con tanto brio, que chispas
De las espadas encienden.
El caballero le carga
Tan fiera y bizarramente,
Que el hacerle cara el otro
Hasta milagro parece.
Dan, vuelven, paran, reciben,
Ni uno ceja, ni otro cede;
Andrés con calma y acierto,
El otro como una sierpe:
Mas es inútil: el monje
Es tan diestro y es tan fuerte,
Que aunque es el hidalgo un hombre
Que como un tigre revuelve,
Y cuyo brazo muy pocos
A resistirle se atreven,
De poco ó nada le sirven
Lo que sabe y lo que puede.
Al fin, el monje, mirando
Que el intento con que viene
Es tal que mucho peligró
Si no se concluye en breve,
Lanzóle tal multitud
De tajos y de reveses,
Que el otro cejó seis pasos
Diciendo: "¡Demonio, tente!"
Túvose Andrés, y el incógnito,
La mano franca tendiéndole,
Dijo: "Lo que quieras pídemelo,
Que todo te lo mereces."
—Yo nada de vos espero.
¿Qué podeis vos ofrecerme?
—A todo por tu valor
El rey Don Pedro se ofrece.
—Señor, exclamó el buen monje
Ante sus plantas rindiéndose,
Perdonad si anduve osado...
—Andrés, obraste valiente:
Concédote lo que quieras
Para que de mí te acuerdes.
—Señor, de nuestra agua os pido
La propiedad solamente.
—Desde esta noche á los monjes
Anuncia que la poseen."
Y tomando el rey Don Pedro
Por el callejon de enfrente,
Volvióse al convento el fraile
Agradecido y alegre.

LAS ESTOCADAS DE NOCHE

ROMANCE.

I.

Las lágrimas de los ojos
Disimuladas apenas,
Mal prendidos los cabellos,
Mal tocada y mal compuesta,
Está en un sillón Elvira

La faz y las manos trémulas,
Como criminal que incierto
Visita del juez espera;
Y los pasos de Don Lope
Escuchando en la escalera,
Mas se turba cuando cauta
En disimular se empeña.
Entró en la estancia Don Lope,
Y al apercibirse de ella,
La dijo con voz pausada
Entre amorosa y severa:
"¿Tú lágrimas en los ojos?
¿Por los cielos que me admira!
¿Quién pudo en ellos, Elvira,
Herirte con tal rigor?
¡Oh! ven, Elvira, á mis brazos,
Ven á contarme tus duelos,
Que si no admiten consuelos
Admitirán vengador.
La faz escondes turbada,
La frente pálida inclinas,
Esas rosas purpúreas
¿Quién aja traidor así?
¿No me respondes y lloras?
Pues te obstinas en callarlo,
Ve que acaso averiguarlo
Me toque despues á mí.
Pudiera serme un secreto
Lo que tu labio confiese;
Mas puede ser que nos pese
Lo que yo sepa á los dos.
Pero á través de esa reja
Han pronunciado tu nombre...
¡Oh! dime, Elvira, el de ese hombre,
Dilo, ó mueres, ¡vive Dios!"

Así Don Lope diciendo
Asíola de las muñecas,
Y entornando la ventana
Mató de un revés la vela.
Resistió, mas sujetóla;
Quiso gritar, mas apenas
Lanzó una voz, la garganta
Contra el almohadon la aferra.
Sonó por segunda vez
Desde la calle la seña,
Y con acento finjido
Dentro Don Lope contesta.
A poco oyéronse pasos
De alguno que sube á tientas,
Con los rotos escalones
Tropezando en las tinieblas.
Y en el silencio solemne
De aquella medrosa escena,
Del corazón de Don Lope
Todos los golpes se cuentan.
Elvira, dijo el que entraba;
Mas viéndose sin respuesta,
Volvió á repetir el nombre
Dentro de la sala mesma.
Todo allí es sombra y silencio,

Todo es soledad en ella;
Solo una chispa encendida
Dentro del pábilo humea,
Que no ardiendo sino un punto,
La lobreguez mas aumenta;
Y el humo con que se ahoga
Fétido el pábilo deja.
Las manos tendió adelante,
Y avanzando así el que llega
Con el rostro de Don Lope
En la oscuridad tropieza.
"¿Quién va?" preguntó; y su acento
Siguiendo mano certera,
De una robusta puñada
Tendióle de espalda en tierra.
Asidos ambos á dos
En la sombra forcejean,
Y el duro son de la lucha
Confuso en la sombra suena.
Y sin duda á ambos importa
El secreto y la cautela,
Porque trabajan las manos
Y se recata la lengua.
A cóncavos resoplidos
Ambos los pechos alientan,
Pero no lanzan los labios
Una exclamacion siquiera.
Así, en contados instantes
Los dos combatientes ruedan,
Hasta que á verse alcanzaron
Gente y luces que se acercan.
Abriéronse las mamparas,
Y casi en el linde de ellas
Hallóse un hombre en silencio
Y embozado hasta las cejas.
Miróle un punto Don Lope,
Y vuelto con voz resuelta
A los que acudieron, dijo:
"Paso," y ganando las puertas
Llevósele por delante
Medio á bien y medio á fuerza.

II.

Negra es la noche, y el cierzo,
Que en son revoltoso gime,
Rasgándose en las esquinas
De miedo la sombra viste.
Por un callejon estrecho
Que de pasadizo sirve
A una iglesia, va Don Lope
Con el otro que le sigue.
Al llegar ante un farol
Que medio agoniza y vive,
Colgado en un esquinazo
Ante un cuadro de la Virgen,
Túvose bajo él Don Lope,
Y en voz imperiosa y firme
Desenvainando la espada
Esto al incógnito dice:
"O quién sois ó qué valeis
He de saber; elejid.
—Ehorabuena, reñid,

Que quien soy ya lo vereis,
—No tenéis otra disculpa?
—Vuestro empeño será en vano;
Las espadas en la mano,
Entrambos tenemos culpa.”
Y así diciendo, uno á otro
Con tal denuedo se embisten
Que brotan chispas las hojas
Con los tajos y los quites.
Ambos en el mismo sitio
Ninguno vence ó se rinde:
Ni en uno temor se alcanza
Ni á otro mas valor asiste,
Segun á la luz incierta
Desde luego se distinguen
De entrambos á dos las sombras
Que en tierra clavadas rinen.
Mas el rumor temeroso
De la lucha se percibe,
Sin que un ¡ay! ni una palabra
Se oiga en trance tan difícil.
Dijérase al ver lo inmóviles
Que ambos en ello persisten,
Que son dos sombras de un sueño
Que á alguno en la noche aflige.
Tal vez de dos enemigos
Que un mismo ataúd dividen,
Creyéranse las fantasmas
Que, conebiendo imposible
Un mismo sudario entrambos.
Ni un mismo lecho partirse,
Alzáronse despechadas
En aparicion visible.
Abrióse en esto una reja,
Otra á poco se oyó abrirse,
Luego otras muchas, y luego
Cerca pasos se perciben.
Alumbróse de repente
La calle, y al lejos dicen:
“Téngase al rey.” Y en un punto
La justicia les divide.
Cercáronlos desatentos
Soldados y ministriles,
Que al tomarles los estoques
Por ellos derechos piden.
Y tanto crece la zambra
Y los confusos lelies
De unos que dicen “soltarles,”
Y otros que “á la cárcel” dicen,
Que echando mano al embozo
El que con Don Lope riñe,
Partió el tropel de por medio,
Y en alientos varoniles
Gritando “lugar al rey,”
Hace que á su voz se inclinen
Cayendo en tierra de hinojos
Cuantos alcanzan á oírle.
“Señor...” murmuró Don Lope,
La faz con rubor humilde,
Y el rey con blanda sonrisa
Levantándole le dice:
“Valiente sois, caballero,
Y en despecho de la ley

Supísteis que siendo rey,
He sido hidalgo primero.
Libre estais, y afecto os soy:
Venid mañana á palacio
Y hablaremos mas á espacio
De las cuchilladas de hoy.
Pero no volvais á vella,
O por infame os tendré,
Que os juro, Don Lope, á fé
Que no sabeis quién es ella.”
Esto dicho, el rey volviése,
A la ronda se dirige,
Y ante las rejas de Elvira
Así en voz alta prosigue:
“Aquí hay presa de la ley;
Entrad la casa en mi nombre,
Y cubrid mi error de hombre
Con mi justicia de rey.”

EL CABALLERO

DE LA BUENA MEMORIA.

LEYENDA TRACIONAL.

INTRODUCCION.

Perdidas de Villalar
En la sangrienta jornada
De los bravos comuneros
Las últimas esperanzas,
Sus gavillas por do quiera
Rendidas ó derrotadas,
El arzobispo Merino
A Toledo gobernaba.
Doña María Padilla
Aun con briosa arrogancia,
Digna de mejor fortuna
Y de mas dichosa causa,
A pesar del arzobispo
Y las tropas castellanas,
Teníase con sus gentes
Defendida en el alcázar;
Pues en someterse al rey
Toledo la mas reacia
Ciudad siendo, á ella acudieron
De todas partes de España
Cuantos comuneros fieles
A su partido quedaban.
Avivaban en secreto
Con astucia y con audacia
La fé de Doña María
Y gentes la reeclutaban,
Noticias proporcionándola
Con dineros y con armas
Los que en la ciudad vivian
Y en su fortuna esperaban.
Distinguíase entre todos
Doña Elvira de Montadas,

Fanatizada al estremo
Por políticas patrañas.
De la mujer de Padilla
Del valor enamorada
Otra heroína como ella
Llegar á ser anhelaba.
Hermosa y rica, de amantes
Y galanes rodeada,
Mucho la Elvira podía,
Mucho la Elvira lograba.
Despues que muchos prosélitos
Logró inducir por sus gracias,
A un mozo rico y gallardo
Con doble intento escuchaba.
Era Don Juan de Zamora,
Mancebo de noble casa,
Hijo de una noble viuda
Que en el mancebo adoraba.
Seguido habia éste siempre
Del emperador la causa,
Y contra los comuneros
Combatido en cien batallas.
Mas ciego de amor por ella,
Y poco ducho en las cábalas
De cortesanos amaños,
En ganarle no dudaba.
Tan sencilla en otro tiempo
Como hermosa y como ingrata,
Esta engañadora circe,
Esta fanática dama,
A Don Pedro de Guzman
Tenia muy empenada
Con mil promesas de amor
De casamiento palabra.
Mas de ilustrísimo tronco
El de Guzman siendo rama,
Al rey Don Carlos primero
Asistia en Alemania,
Al servicio de un magnate
Que iba en boga en la privanza
Del bizarro emperador,
Que con su amistad le honraba.
Así las cosas del mundo
Se trastornan y se cambian,
Y así mudan á las gentes
El tiempo y las circunstancias.
Don Pedro en la imperial corte
Del bullicio se cansaba,
Y se doblaba su amor
Con el tiempo y la distancia,
Y la distancia y el tiempo
El de su Elvira menguaba,
Y el diablo de la política
Se apoderaba de su alma.
A su patria y á su amor
Guzman con volver soñaba,
Y ella soñaba quimeras
De libertad y de patria.
El por volver á Toledo
Y á los pies de su adorada,
Honor, ambicion y dicha
Desatinado olvidata.
Ella por dar con sus hechos

A su nombre eterna fama,
Pensaba con necio orgullo
En quiméricas hazañas.
Recordaba su hermosura
El en ausencia adorándola,
Y ella olvidaba su amor
Por quien no se lo estimaba.
Servíase la Padilla
Y la gente á ella allegada
De su influencia en el pueblo,
De sus amaños y cábalas:
Y creía ser Elvira
El faro de su esperanza,
La fé de sus corazones,
La alcadesa de su alcázar.
Creía que á una voz suya
En la ocasion arriesgada
Como por Doña María,
Por ella se levantarán.
Que todos los comuneros
En el peligro mirándola
La regia soberanía
Dividirían entrambas.
Y en estos sueños de gloria
La Doña Elvira embriagada,
Perdia cuanto tenia,
Y las leyes provocaba.
Así son todos los necios,
A cuanto ignoran se lanzan;
Lo que les importa olvidan,
Y solo el desprecio ganan.

Y mientras en la rebelion
Ella á Don Juan empeñaba,
Enamorado Don Pedro
Se volvía para España.

En oculto gabinete
De la habitacion de Elvira
A deshora de la noche
Con ella Don Juan platica.
Y aunque él no entiende palabra
De su enredada política,
Porque la adora fanático,
A cuanto exige se obliga.

DOÑA ELVIRA.
¿Lo entendeis, Don Juan?

DON JUAN.
Sí á fé.

DOÑA ELVIRA.
Lo entendiérais un escolar.
De todo se os ha de dar
El cuándo, el cómo, y por qué.

DON JUAN.
Yo, Elvira, soy un soldado,
Que entre soldados metido
Nunca otra cosa he sabido
Que combatir como honrado.
Desde muy niño os amé,
Y como os juzgné perdida,

En poner fin á mi vida
Como soldado pensé.
Hoy otra vez me llamais
En secreto á vuestro lado,
Y siento no haber cambiado
De sér como vos cambiáis.
¿Qué queréis? Si no sé mas
Que amaros y combatir,
Así me habeis de admitir,
O habeis de volver atrás.

DOÑA ELVIRA.

Así os quiero: que a fé mia
Que cortesanos amores
Son solo amaños traidores
Para vencer algun dia.
Yo os quiero, Don Juan, así,
Porque me basta un galán
A quien servir con afán
Y de algo me sirva á mí.

DON JUAN.

Cuanto lo hayais meditado,
Cuanto la suerte os ayuda
Está bien claro sin duda:
¿Pero á qué me habeis llamado?

DOÑA ELVIRA.

Bien se conoce, por Dios,
Que sois un soldado bueno:
El plan es, Don Juan, ajeno,
Lo que os manden hareis vos.

DON JUAN.

¿Y quereis que yo consienta
Que á la primera demanda . . .

DOÑA ELVIRA.

Cuando Elvira es quien os manda,
Obedecerla os va en cuenta.
Pues ella arriesga en un dia
Cuanto vale y cuanto tiene,
A vos, Don Juan, os conviene
Fiar causa que ella fia.
¿O no la amais?

DON JUAN.

¿Por los cielos!

¿Dudareis de mi cariño
Cuando por vos desde niño
Estoy muriendo de celos?
¿Pensais que la injusta ley
De una opinion me amedrente,
Cuando por vos solamente
Soy desleal á mi rey?

DOÑA ELVIRA.

Así os quiero: así va bien:
¿Pensais que sobran ahora
Vuestros castillos de Illora,
De Montilla y de Jaen?
Vos, Don Juan, sois un valiente
Y un honrado castellano,
Mas no habeis de cortesano
Ni un cabello solamente.

Con que dejaos guiar
Por quien sabe mas que vos,
Y así podremos los dos
Hasta la orilla llegar.
Vuestra madre, ya lo sé,
Con vuestro amor se disgusta.

DON JUAN.

Sin duda, Elvira, la asusta
Que comprometais mi fé.
Siempre de los comuneros
Fué enemiga.

DOÑA ELVIRA.

Sí, lo ha sido;
Mas ya habeis, Don Juan, salido
De la niñez; y os da fueros
Para obrar á vuestro antojo
La ley.

DON JUAN.

Sí que me los da:
Mas mi madre . . .

DOÑA ELVIRA.

Callará
Si logramos nuestro arrojito.
¿Disponéis de mucha gente?

DON JUAN.

De hasta unas cincuenta lanzas.

DOÑA ELVIRA.

¿Y son gente de esperanzas?

DON JUAN.

Aguerrida y obediente.

DOÑA ELVIRA.

¿Y las teneis muy distantes?

DON JUAN.

Traerlas mañana puedo.

DOÑA ELVIRA.

Pues cuidad de que en Toledo
No os vean curiosos antes.
No salgais, Don Juan, de día
Y esperad á mi mandato;
Si pudiera un mentecato
Sospecharlo, nos perdía.
Mas siento gente: aquí entrad.
Espero á un hombre que puede
Cuando todo en sombra quede
Sacaros de la ciudad.
Por esa escala moruna
A una torre vais á dar,
Y allí podeis esperar
Ocasión mas oportuna.

Y así diciendo, mostróle
Una entrada Doña Elvira
Por do guiaba á la torre
La escusada escalerilla.
Y oyendo seña secreta
Que por la opuesta la hacian,

GABRIEL.

Algun hidalguillo
Que habrá á mis hermanos pedido, á pagar
Con un vinculejo ó mohoso castillo,
Y al paso me pudo por otro tomar.

DOÑA ELVIRA.

¿Mas dar con la puerta pudiera?

GABRIEL.

Imposible . . .

Ví que sin sospecha adelante pasó.
¿Mas qué hay de aquel hombre?

DOÑA ELVIRA.

Ya está.

GABRIEL.

¿Y es posible

Que fiel . . .

DOÑA ELVIRA.

Como un muerto.

GABRIEL.

Tal le quiero yo.

¿Y es hombre . . . ?

DOÑA ELVIRA.

Bizarro.

GABRIEL.

¿Su gente?

DOÑA ELVIRA.

Segura.

GABRIEL.

¿Y cuándo?

DOÑA ELVIRA.

Mañana podrá estar aquí,
Con tal que la noche con nieblas oscura
Le ayude al secreto.

GABRIEL.

Sin duda que sí.

¿Mas quién me responde . . . ?

DOÑA ELVIRA.

Yo misma.

GABRIEL.

Adelante.

DOÑA ELVIRA.

Amores me tuvo . . . niñeces.

GABRIEL.

¿Será . . . ?

DOÑA ELVIRA.

Un buen castellano: soldado ignorante,
Que cuanto amorosa le mande, lo hará.

GABRIEL.

Mirad que los necios . . .

DOÑA ELVIRA.

Son medios muy buenos

Que pueden á planes ajenos servir,
Y luego se apartan cual muebles ajenos.

Abrió, y dió paso á un tereero,
Siguiendo la escena misma.
Era el tal un hombre viejo,
Cuyo exterior parecia
De soldado y mercader.
Composicion peregrina.
Negra y cumplida una capa
Todo su cuerpo envolvía,
Mostrándose bajo de ella
El espadon de su cinta.
Y nadie acaso mirándole
Asegurar osaria
Si era sangriento bandido
O usurero prestamista:
Pues en su torvo semblante
A un mismo tiempo se pintan
La audacia del bandolero
Y el temor de quien conspira.
Saludó brusco á la dama
Que á adelantarse le invita,
Y plática tal trabóse
Entre aquel hombre y Elvira.

DOÑA ELVIRA.

Entrad.

EL HOMERE.

Dios os guarde.

DOÑA ELVIRA.

Gabriel, bien venido.

Venís azorado.

GABRIEL.

Sí, á fé.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué teneis?

GABRIEL.

Tal vez no nos pierde por poco un descuido.
Mas no ha sido nada.

DOÑA ELVIRA.

¿Por Dios que acabeis!

GABRIEL.

Apenas volvia la calle tortuosa
Que entrada secreta nos da al callejon,
La huella de un hombre sentí recelosa:
La faz con la capa cubrí á precaucion.
Seguí decidido, mas frente por frente
Con un embozado maldito me dí.
Miró, recatéme, seguí indiferente,
Paróse, y á poco volvió tras de mí.

DOÑA ELVIRA.

¿Dios mio!

GABRIEL.

Yo astuto, temiendo que un corte
Me diera al camino, la esquina gané;
Hallé apresurado el oculto resorte,
Deshice en la sombra mi sombra y entré.

DOÑA ELVIRA.

¿Mas no conocisteis . . . ?

GABRIEL.

Pensais cuerdamente, verdad á decir.
Mas pronto veamos á ese hombre, que en vano
Será la astucia sin fuerza mayor.

DOÑA ELVIRA.

Vereisle, y con maña traedle á la mano,
Y no olvideis nunca que el cebo es mi amor.

Abrió la dama á Don Juan
La puerta do se escondia,
Y anudóse terciando él
La plática interrumpida.

DOÑA ELVIRA.

Don Juan, llegó ya el momento
De probar vuestra afición,
Que abriros mi corazón
Esta misma noche intento.
Delante de vos teneis
Quien órdenes os dará
Y las puertas abrirá
A las lanzas que traeis.
Con él lo tratareis todo,
Y pues que sois tan mi amigo,
Tratar con él ó conmigo
Del caso es lo mismo todo.

DON JUAN.

No hay cosa, señora mia,
Que yo no arriesgue por vos:
Mas pluguierame, por Dios,
Otra mejor compañía.

DOÑA ELVIRA.

Mas si firme en vuestro amor
Como me decís me amais,
Que en sus manos os pongais
Páreceme lo mejor.

DON JUAN.

Si el fin habeis de ser vos,
Me pongo sin vacilar,
Y si en ello he de pecar
Que me lo perdone Dios.

GABRIEL.

(¡Sandio de él! Razon tenia
La Elvira) ¿Sabreis decir
En cuánto tiempo venir
Vuestra gente aquí podría?

DON JUAN.

Dentro de veinte y cuatro horas,
Aunque hubieran de asaltar
Las murallas para entrar.

GABRIEL.

Como salgan vencedoras
Vuestras lanzas, aseguro
Que podrá cada soldado
Llevar el sable colgado
En cadena de oro puro.

DON JUAN.

Y no les vendrá muy mal,
Porque las contribuciones

Hacen que de sus raciones
Deba un mes á cada cual.

GABRIEL.

Dos les daré adelantados,
Y pagaré el que debeis.

DON JUAN.

Y os juro que bien hareis,
Que dineros dan soldados.

Hablaron unos momentos
La dama y el prestamista,
Y volviéronse á Don Juan
Con irónica sonrisa.

ELVIRA.

(A Gabriel) ¿Me entendeis?

GABRIEL.

(A Elvira) Está muy bien.
¿No os parece á vos, Don Juan,
Que si presa al leon le dan
Tomará la que le den?

DON JUAN.

De esas razones no entiendo,
Buen viejo, y á todo andar
Yo me ofrezco á pelear,
Lo demas os lo encomiendo.
Y solo una condicion
Pongo.

GABRIEL.

Podeisla decir.

DON JUAN.

Es que tengo de reñir
Cara á cara, y no á traicion.

GABRIEL.

¡Oh! solo tendreis que hacer
Centinela un poco larga,
Y á lo mas dar una carga
Si es que se osan defender.

DON JUAN.

Eso sí.

DOÑA ELVIRA.

Y por premio de ello,
Si es que me dejais contenta...

DON JUAN.

Esa esperanza me alienta,
Con que por todo atropello.
Rubor me cuesta decillo,
Mas por vos con mi pesar
La vida pensé pasar
Encerrado en mi castillo.
Vuestra afición cortesana
Maldiciendo, solamente
Salí á lidiar con mi gente
Por no hacer vida holgazana.
No quise ya ver ni oír
Mas que lanzas y caballos,
Y al cabo con mis vasallos

Como soldado morir.
Direis que este amor silvestre
Mejor estorba que obliga,
Mas necesito ó mi amiga,
O mi compañía ecuestre.
Pues en el campo aun muy niño
Os adoré, no os asombre
Que aunque sin ventajas hombre
Aun os conserve cariño.

DOÑA ELVIRA.

Así os amo yo, don Juan;
Que á la fin me he convencido
Que vos habeis merecido
Solo mi amoroso afán.
Porque el amor cortésano
Es humo si bien presumo,
Y el vuestro es fuego sin humo.
Que quema si está cercano.

GABRIEL.

Vamos, que el tiempo es preciso.

DOÑA ELVIRA.

El cielo, Don Juan, os guarde.

DON JUAN.

¿Volveré á veros?

DOÑA ELVIRA.

Mas tarde:
Para ello os enviaré aviso.
(A Gabriel.)
(¿Elegí bien?)

GABRIEL.

Lo confieso;
De ese tronco se hace el puente,
Y vadeada la corriente
Le arruina su propio peso.

DOÑA ELVIRA.

Cuidado con que se arruine.

GABRIEL.

Pues yo le he de fabricar,
Ya veis que le he de dejar
De modo que á caer se incline.
Y dando en estas palabras
Fin á tal conversacion,
Salió Gabriel, y tras él
Don Juan Zamora salió.
Aquel soñando quimeras
De política ambicion,
Y estotro soñando hazañas
Para conseguir su amor.
¡Mas cuánto los pensamientos
Del hombre efimeros son!
Un soplo de viento puede
Desbaratar el mejor.

Por un estrecho postigo
Que da á oscuro callejon,
De casa de Doña Elvira
Salían ambos á dos
Gabriel y Don Juan Zamora,

Con extrema precaucion,
Para no hacer al salir
Innecesario rumor,
Cuando, volviendo la esquina,
Ante ellos se presentó
Un caballero embozado,
Que les dijo en ronca voz:
"Sin pasar mas adelante,
"Muestren, hidalgos, quién son,
"O cuerpo á cuerpo conmigo."
"En campo aquí mismo sois."
Y echando mano al acero
En medio se colocó
Del espacio que dejaba
Entre ellos el callejon.
Entre los tres un momento
Grave silencio reinó.
Que al cabo rompió Gabriel
Dando tal constestacion:
Seais quien fuéreis, buen hombre,
Necio es tal arrojio en vos,
Pues está de parte nuestra
Con la fuerza la razon.
—Caballeros, está dicho,
Repuso el otro: yo estoy
En guardar ese postigo,
Pues interesa á mi honor.
—Ved que os podeis enganar.
—Mirad que conozco yo
Toda la gente que habita
Esta casa; y si no sois
O amigos, ó deudos de ella
Contrarios en conclusion
Sois míos: con que mostraos,
U os doy por tales si no.
—Como querais," Don Juan dijo;
Y asiendo de su espadon
Para el embozado fuése,
Que á tajos le recibió.
Siguióle Gabriel á poco
Con la páfida intencion
De embestirle de repente
Finjiéndose mediador.
Mas el caballero incógnito,
Conociendo la traicion,
Y siendo sin duda ducho
En tales lances, se echó
Contra la tapia, quedando
Cara á cara con los dos.
Don Juan se bate harto bien,
Que es muy diestro reñidor;
Y lo que en seso le falta
Le sobra en el corazón.
El tiempo de acometerle
Gabriel aguarda traidor,
Cuando le tenga en apuro
De Don Juan la decision.
Mas vano, pese á su astucia,
El intento le salió,
Porque es mucha la destreza
Del osado retador.
Y en el momento en que acaso
Toca cerca la ocasion,

Un buen tajo de reves
La muñeca le alcanzó.
Soltó Gabriel un ¡ay! ronco
Al repentino dolor.
Volvió Don Juan la cabeza;
Pero tiempo no le dió
El bravo desconocido
Para entender la razón
De su grito, porque el pecho
Atravesado sintió.
De una distracción el punto
Aprovechando veloz
Metióse á fondo el incógnito
Y en tierra á Don Juan tendió.
Reinó el silencio un momento,
Pero al alarmante son
De los gritos de Gabriel
El barrio se alborotó.
Asomaron por las rejas
Ya una antorcha, ya un farol,
Diciendo diversas voces:
"Al asesino —Al ladrón."
Y una rápida mirada
Al caballero bastó
Para ver que era Don Juan
Víctima de su valor.
Echóse, pues, al postigo
Por donde salir los vió,
Mas encontrando cerrado
Por dentro el grueso portón,
Y ya de cerca sintiendo
De armas y gentes rumor,
Con rapidez silenciosa
La opuesta esquina ganó.

De política aquí, lector querido,
La narración cansada interrumpamos,
Y del cuento en mis libros prometido
A la historia mas plácida volvamos.
Tan larga introducción precisa ha sido
Para que desde aquí nos entendamos,
Pues anudado á ello lo restante,
Sigue mi tradición de aquí adelante.

En una granja que las ondas riegan
Del espumoso Tajo, y do los daños
De la revuelta popular no llegan,
Doña Inés de Zamora hace dos años
Que vive retirada,
De mundanos placeres olvidada.
Viuda de un caballero
De ilustrísima cuna,
Madre no mas de un jóven heredero,
Y dueña de una pródiga fortuna,
Sus bienes administra rectamente,
Y cuida el porvenir del hijo ausente.
Noble matrona de costumbres puras
Y pensamientos graves,
Da gracias al Señor por sus venturas,

Y él de su corazón tiene las llaves:
Y de su hijo el amor tan solamente
Entra en su corazón, vive en su mente.
El hijo, como hidalgo,
Y en la opulencia y el poder nacido,
Pues es forzoso que se ocupe en algo,
Sus vasallos valientes ha reunido,
Y en el distrito de su misma tierra
A favor de su rey hace la guerra.
Pérfidas compañías
Y torpe inesperienza,
Malearon tal vez, hace ya días,
La política fé de su conciencia:
Y acaso indignos de él, necios amores
Le aprestan venideros sinsabores.
Doña Inés no lo ignora,
Y aunque mil veces le advirtió severa
El precipicio adonde va, le adora;
Y de los años y experiencia espera
Que visto de su amor el desatino,
Entre de su deber en el camino.
En la fé de sus padres educada
Y ciega lealtad de sus mayores,
Teme que su alma jóven conquistada
Por los principios sea innovadores,
Y engañado su hijo acaso olvide
Lo que su religion y rey le pide.
Y en este pensamiento embebecida
Estaba como siempre, en aposento
De su alquería oculto, y combatida
Tal vez por interior presentimiento,
Cuando dentro escuchó de su alquería
Confuso estruendo, y sorda gritería.
De su fiel mayordomo en tono recio
Oyó la voz que á alguno amenazaba;
Y otra que desconoce, y con desprecio
A sus justas preguntas contestaba,
Y abriendo de su cámara la puerta,
Salió á ver del rumor la causa cierta.
En los hombros sin capa, sin sombrero
En la cabeza, y agua destilando
De sus ropas, hallóse á un caballero
Con sus fieles sirvientes disputando;
Mas el supuesto de éstos desmentía
Su traje militar y gallardía.
"¿Qué es esto?" preguntó la noble viuda.
—Desventuras, señora;
De un amante infeliz á quien no ayuda
Ni el cielo, ni la ingrata á quien adora,
Respondió el caballero
En tono de dolor, triste y severo.
—Veo que sois hidalgo en vuestro porte
Y arreo militar: mi esposo en vida
Lo fué también y frecuentó la corte.
Vuestro afán decid pues, y si salida
Puede dar una dama á vuestro apuro,
De mi escaso favor estad seguro.
—A solas ha de ser, porque aventuras
De nobles caballeros
No fio mucho yo que estén seguras
En lenguas de pecheros;
Y acaso serán tales
Que á quien me ayude ser podrán fatales.

—Despejad." Y saliendo de la estancia,
Dentro de ella con él á su señora
Dejaron los criados, y á su instancia
Ella volvió diciendo: "Hablad ahora,
Señor soldado; vuestro duelo sepa,
Y fiad en que haré cuanto en mí quepa.
—Señora, oidme pues: há un año largo
Que con mi rey partí para Alemania
Al lado suyo con honroso cargo:
Y una ingrata mujer dejé en España,
Por quien ciego de amor, lloré al partirme,
Jurándola volver al despedirme.
Mas mudóla mi ausencia; y un amigo
Que desde la niñez me fué constante,
Del hecho me escribió como testigo,
Que ocupó mi lugar pronto otro amante;
Y que en tramas políticas metida
Su suerte á la política va unida:
Y otras razones mil, señora, escuso,
Pues de vuestra atención veo que abuso.
Volvíme á España enamorado y ciego
De celos y furor; mas esperando
En volver á encender su amante fuego,
Y aun á mi amigo crédito negando.
Llegué á Toledo, y por mis propios ojos
La razón quise ver de mis enojos:
De las nocturnas sombras al abrigo,
Entré en su calle y espí su casa.
Señora, perdonad si esto que os digo
Aun los ojos en lágrimas me arrasa.
—Seguid.

—VÍ las ventanas de su cuarto:
Mas verlas ¡ay de mí! pesóme harto.
Las sombras ví cruzar tras los cristales
De un hombre que con ella platicaba,
Y noté para colmo de mis males
Que un embozado la mansion rondaba
Y en ella por postigo entró secreto
Que en mi ausencia se abrió: ¡ay! ¿con qué objeto?
En un oscuro callejón desierto
Les esperé gran trecho, y aguardara
Años cabales hasta verle abierto,
Y hasta que tal infamia ver lograra:
Parecieron, por fin, dos juntamente,
Y atajélos el paso airadamente.
Yo no sé qué les dije, mas fui breve,
Y mi enojo no bien satisfaciendo
(Como á todo un celoso audaz se atreve)
A estocadas con ambos emprendiendo,
Ya fuera mi razón, ya fuera el arte,
A uno de ellos pasé de parte á parte.
—¡Desdichado de vos!

—Estoy muy cierto
De que yace sin vida:
Mas las voces del vivo junto al muerto
Trajeron gente y apelé á la huida.
Mas sin duda mi pérfido destino
Les marcó en las tinieblas mi camino.
—¿Os siguen?
—Sí; corrí sin guía alguna;
Pero ví que era inútil mi trabajo,
Y que me abandonaba la fortuna,
Cuando á la orilla me encontré del Tajo.

La justicia detras y este delante;
Muerte por muerte la elejí al instante.
Al agua me arrojé desesperado,
Y sacóme mi esfuerzo á la otra orilla;
Mas al tocarla, en el opuesto lado
Vi llegar de corchetes la cuadrilla.
Por las peñas trepé, y á esta alquería
Llegué por fin.—Tal es la historia mia.
Ahora, si noble sois, si habeis amado
Algún dia, señora,
Por cuanto hayais en vida idolatrado
No me desampareis en esta hora;
Ved que es ciega la furia de los celos,
Y vuestra compasión premien los celos.
—¿Al muerto conocéis?

—No.
—Fué un arrojó;
Mas no temais, que si el Señor me auxilia
Salvo seréis, y lograré el enojo
Callar y la razón de su familia.
Venid, voy á ocultaros diligente,
Que tal vez oigo ya rumor de gente.
Dineros os daré con un caballo:
Partid en cuanto partan por opuesto
Camino, y medio tomaré si le hallo
Para apartar de vos fin tan funesto.
Venid; pues que fiais en mi nobleza,
No burlaré por Dios vuestra franqueza."

Y hablando así la viuda generosa,
En camarín secreto le escondia
Mientras entraba en turba tumultuosa
La justicia del rey, por su alquería.

Con grandes voces se meten
Por los cuartos adelante
Los corchetes y ronderos
Con antorchas y con sables.
"Hacia aquí tomó camino!
¡Aquí debió de ampararse!
¡No quede un rincón por verse!
Muchachos, ¡qué no se escape!"
Esto en varias direcciones
Se oía por todas partes,
Y á pretexto de justicia
Se aprestaban al pillaje.
Hormigueaban los curiosos
Y los valientes que salen
A ayudar á los que vencen
Sin que los avise nadie.
Ya por la atrevida turba
Empezaba á susurrarse
Si son ó no comuneros
Los dueños de aquel paraje,
Y ya entre ellos empezaba
El caso á comentarse
Diciendo que el muerto es noble
Y de las tropas reales,
Y pues que aquí dan amparo
Al que logró asesinarle,
Traidores son y rebeldes